ENCARAR EL DESAFÍO POPULISTA

Un nuevo manual de estrategias para actores de derechos humanos

César Rodríguez Garavito
y Krizna Gomez (editores)

ENCARAR EL DESAFÍO POPULISTA

UN NUEVO MANUAL DE ESTRATEGIAS PARA ACTORES DE DERECHOS HUMANOS

César Rodríguez Garavito and Krizna Gomez (eds.)

Dejusticia
derecho · justicia · sociedad

ISBN 978-958-5441-43-9 versión digital
ISBN 978-958-5441-42-2 versión impresa

Traducción
Sebastián Villamizar Santamaría

Preparación editorial
Diego Alberto Valencia

Cubierta
Alejandro Ospina

Foto de portada
EFE/Miguel Gutiérrez

Revisión de textos
María José Díaz-Granados

Impresión
Ediciones Antropos

Primera edición en español
Bogotá, D.C., Colombia, julio de 2018

Publicado en inglés en abril de 2018 con el título
Rising to the Populist Challenge:
A New Playbook for Human Rights Actors

Este texto puede ser descargado gratuitamente en
https://www.dejusticia.org

Creative Commons Licence 2.5
Atribución – No comercial – Compartir igual

Dejusticia
Carrera 24 # 34 – 61, Bogotá, D.C., Colombia
Teléfono: (571) 608 3605
www.dejusticia.org

Contenido

AGRADECIMIENTOS / 9
César Rodríguez Garavito and Krizna Gomez

RESPONDER AL DESAFÍO POPULISTA: UN NUEVO MANUAL DE ESTRATEGIAS PARA EL CAMPO DE LOS DERECHOS HUMANOS / 11
César Rodríguez Garavito y Krizna Gomez

PARTE I
LA DEFENSA DE LOS ESPACIOS PARA LOS DERECHOS HUMANOS Y LA SOCIEDAD CIVIL: ESTUDIOS DE CASO

LA MANO DURA CONTRA LAS ONG COMO UNA OPORTUNIDAD PARA REFORZAR LOS VALORES DE LOS DERECHOS HUMANOS: UN CASO DE ESTUDIO EN HUNGRÍA / 61
Stefánia Kapronczay y Anna Kertész

RESILIENCIA EN CONTEXTOS NO DEMOCRÁTICOS: EL DESAFÍO DE SER ÚTIL BAJO LA DICTADURA DEL SIGLO XXI EN VENEZUELA / 73
Rafael Uzcátegui

EL QUINTO ESTADO: ATAQUE Y
COOPTACIÓN DE LOS MEDIOS TURCOS / 83
Bilge Yesil

UNA CARAVANA DE AMOR: PROTESTA,
RESARCIMIENTO Y CONCIENCIA EN INDIA / 93
Harsh Mander

EL FIN DE LA TIRANÍA: CÓMO LUCHÓ
LA SOCIEDAD CIVIL EN SUDÁFRICA / 103
Ivor Chipkin

CÓMO SOBREVIVIR ENTRE LA ESPADA Y LA PARED:
LA EXPERIENCIA DE LAS ORGANIZACIONES DE DERECHOS
HUMANOS EN EGIPTO / 115
Khaled Mansour

PARTE II
RESPUESTAS ESTRATÉGICAS PARA EL CAMPO DE LOS DERECHOS
HUMANOS: NUEVAS NARRATIVAS, MODELOS DE FINANCIACIÓN,
ALTERNATIVAS REGULADORAS Y MOVILIZACIÓN DE BASE

LA DESLEGITIMACIÓN DE LAS ORGANIZACIONES DE LA
SOCIEDAD CIVIL: REFLEXIONES SOBRE LAS RESPUESTAS
ESTRATÉGICAS A LA ACUSACIÓN DE "AGENTE EXTRANJERO" / 131
Jonas Wolff

UNA MUERTE POR MIL PICADAS DE MOSQUITO:
NAVEGAR EL ATAQUE REGULADOR / 141
Edwin Rekosh

¿QUÉ SE NECESITARÍA PARA REDUCIR LA DEPENDENCIA DE LAS ONG DE LA AYUDA INTERNACIONAL? / 155
James Ron, José Kaire, Archana Pandya y Andrea Martínez

ESTRATEGIAS DE RESPUESTA PARA CONTRARRESTAR LA POLÍTICA GLOBAL DE MANO DURA CONTRA LA SOCIEDAD CIVIL / 163
Mandeep Tiwana

PARTE III
DESAFIAR LA IDEA DEL CIERRE DE ESPACIOS PARA LOS DERECHOS HUMANOS

UN AVISO DE CAUTELA SOBRE EL MARCO DEL PELIGRO Y LA CRISIS EN EL ACTIVISMO DE DERECHOS HUMANOS / 173
Kathryn Sikkink

NUEVAS FORMAS DE LIDIAR CON UN VIEJO PROBLEMA: LA REPRESIÓN POLÍTICA / 185
Katrin Kinzelbach y Janika Spannagel

SOBRE LOS AUTORES / 199

AGRADECIMIENTOS

La idea de esta publicación surgió del compromiso de Dejusticia con activistas de distintas partes del mundo que luchan por el trabajo de la sociedad civil en contextos desafiantes. Como ocurre en otros proyectos de investigación-acción en Dejusticia, comenzó con un compromiso directo con la práctica de derechos humanos y evolucionó a un programa de investigación. Por tanto, este volumen, así como todas nuestras publicaciones, ha sido un esfuerzo colectivo. De esta manera, les damos las gracias a nuestros colegas por hacer esto posible, especialmente a Camila Bustos por su dedicación en su apoyo a la investigación, así como por el apoyo en la reunión de los autores de este libro en el Instituto Watson de Asuntos Públicos e Internacionales de la Universidad de Brown, y a Hannah Sachs por su ayuda invaluable en los últimos pasos de esta publicación. También expresamos nuestra gratitud a la directora de publicaciones en Dejusticia, Elvia Sáenz, quien trabajó arduamente para hacer realidad esta publicación a pesar de la intensidad del cronograma que nos propusimos, porque encontrar respuestas efectivas a los desafíos que afectan las vidas diarias y la existencia misma de nuestros compañeros alrededor del mundo requiere de una acción inmediata.

También agradecemos a Peter Evans, Patrick Heller y Edward Steinfeld, del Instituto Watson, quienes, además de copatrocinar la conferencia académica de esta publicación, han sido compañeros de pensamiento crítico a lo largo de los años. Nuestra aspiración a hacer investigación orientada a la acción apunta a hacer una dife-

rencia en el campo del cambio social, encarnado en nuestro programa conjunto "Reexaminar las agendas globales de política a través de diálogos interactivos norte-sur iniciados por el sur", se vuelve cada vez más una realidad con cada asociación estratégica que hacemos en conjunto. También queremos darle las gracias a Ellen White, del Instituto Watson, por ser clave en la organización del evento.

Finalmente, agradecemos a los innumerables defensores y organizaciones de derechos humanos con quienes trabajamos en Dejusticia, desde Sudáfrica hasta Egipto, desde Túnez hasta Turquía, desde India hasta México, desde Hungría hasta Venezuela, y desde Rusia hasta Estados Unidos, cuyo coraje, creatividad y resiliencia inspiraron este libro. Esperamos que esta humilde colección brinde algo de esperanza para lo que deben enfrentar día a día.

César Rodríguez Garavito y Krizna Gomez

Bogotá, julio de 2018

RESPONDER AL DESAFÍO POPULISTA: UN NUEVO MANUAL DE ESTRATEGIAS PARA EL CAMPO DE LOS DERECHOS HUMANOS

César Rodríguez Garavito y Krizna Gomez

La proliferación de gobiernos y movimientos populistas crea riesgos y desafíos serios para los derechos humanos alrededor del mundo, desde India hasta Venezuela, desde Estados Unidos hasta Turquía, desde Hungría hasta Rusia, y desde Filipinas hasta Polonia. Sin embargo, ese aumento puede tener un efecto positivo inesperado: el de presionar al movimiento de derechos humanos a que lleve a cabo transformaciones en su arquitectura y cambios en su estrategia que, si bien eran fundamentales incluso antes de esta nueva ola de gobiernos populistas, ahora son urgentes (Rodríguez Garavito, 2016b).

Antes del declive del orden global angloamericano, reflejado en el Brexit, la elección de Donald Trump, la proliferación de nacionalismos iliberales en el mundo y la influencia cada vez mayor de Rusia y China, las respuestas que ofrecieron muchos analistas y profesionales en el movimiento de derechos humanos tendían a estar agrupadas en dos extremos: escepticismo y defensiva. Los escépticos anunciaron el "fin de los tiempos" del proyecto internacional de derechos humanos, basados en una visión de que estos fueron impuestos por Europa y Estados Unidos. Según esta visión, el fin

de la *Pax Americana* también sería el fin del movimiento (Hopgood, 2013; Moyn, 2017). La visión escéptica es tan estimulante como inexacta, pues olvida que este régimen fue construido en parte con las ideas y la presión de los Estados y movimientos del sur global, desde aquellos que crearon la Declaración Americana de Derechos y Deberes del Hombre en 1948, hasta las naciones poscoloniales que buscaron tratados contra la discriminación racial y religiosa en la década de los sesenta (Jensen, 2016; Sikkink, 2018).

Sin embargo, el reconocimiento de la historia y los éxitos del movimiento no implica que las tácticas dominantes en derechos humanos, bajo el orden euroestadounidense, no tengan faltas graves. Ni tampoco implica que, con el declive de ese orden global y las tribulaciones de la democracia liberal, las tácticas convencionales sean más suficientes o efectivas que lo que han sido en los últimos años.

En un mundo multipolar, el antiguo enfoque del "bumerán" (Keck y Sikkink, 2008), de apelar a Washington, Londres o Ginebra para que los gobiernos del Norte presionaran a sus contrapartes del Sur para que cumplieran con estándares internacionales de derechos humanos ya estaba perdiendo su efectividad. Con los líderes populistas que avivan el nacionalismo y violan los derechos básicos de grupos vulnerables como las minorías religiosas o raciales, tanto en el Norte como en el Sur global, la efectividad limitada y la legitimidad de la estrategia de poner en evidencia (*naming and shaming*), enfocada en los centros tradicionales de poder, se ha erosionado aún más.

Con los líderes populistas que avivan el nacionalismo y violan los derechos básicos de grupos vulnerables como las minorías religiosas o raciales, tanto en el Norte como en el Sur global, la efectividad limitada y la legitimidad de la estrategia de poner en evidencia (*naming and shaming*), enfocada en los centros tradicionales de poder, se ha erosionado aún más

Más aun, la proliferación de democracias iliberales hace una presión considerable en las fracturas y los puntos ciegos de la arquitectura contemporánea del campo de los derechos humanos. Como ilustran muchos de los textos en este libro, los líderes populistas han aprendido a explotar esas debilidades: la sobredependencia en la financiación internacional; la concentración del poder de determinación de una agenda en las organizaciones internacionales no gubernamentales (OING); las dificultades de las OING de colaborar en un terreno de juego nivelado con organizaciones del Sur global y de adoptar agendas de alta prioridad para esas organizaciones (como la justicia

económica o los derechos sociales); la conexión insuficiente entre organizaciones no gubernamentales (ONG) profesionales, movimientos sociales y activistas en línea; la dominación exorbitante de discursos y estrategias centrados en el derecho; la atención insuficiente a la desigualdad económica; y las dificultades para desarrollar narrativas persuasivas de derechos humanos que se dirijan de maneras significativas a la mayoría de la población (Rodríguez Garavito, 2014).

Es por eso que la segunda respuesta (la defensa y el refuerzo del *statu quo* del movimiento) es igual de desacertada para enfrentar lo que Alston (2017) ha llamado correctamente "el desafío populista de los derechos humanos". Como veremos, ese desafío tiene forma de narrativas políticas, reformas legales y medidas coercitivas en aras de erosionar la legitimidad y eficacia de los actores de derechos humanos. Comenzando por las medidas de Vladimir Putin contra las ONG a mediados de la década del 2000, los gobiernos populistas han estado aprendiendo entre sí, hasta el punto que se han realizado ataques iguales en países de distintas regiones. El resultado es lo que algunos han llamado una "guerra global contra las ONG" (Editorial Board 2015), cuyo guion parece seguir un manual de estrategias de medidas restrictivas (Rodríguez Garavito 2016a).

Lo que se necesita, por tanto, es un nuevo manual de estrategias de derechos humanos que actualice el diagnóstico de, y las respuestas a, las medidas severas contra la sociedad civil en general y contra las organizaciones de derechos humanos en particular. El propósito de este libro es contribuir a los contenidos de dicho manual, al juntar y analizar el repertorio de respuestas que los actores de derechos humanos están desarrollando en contextos populistas. Escrito por un grupo de académicos y defensores, su audiencia principal es la comunidad de actores de derechos humanos que están lidiando con y resistiendo la erosión de la democracia y los derechos en esos contextos, y que puedan derivar ideas e inspiración de sus pares que trabajan por una causa similar en ambientes políticos igual de desafiantes.

Aunque hablamos de actores de derechos humanos en general, muchas de las medidas populistas discutidas en este volumen (por ejemplo, los obstáculos al registro legal y las restricciones a la financiación internacional) apuntan explícitamente a las organizaciones de derechos humanos. Así, este capítulo y los subsiguientes le dan una atención particular a los ataques contra, y a las respuestas de, las ONG. Esto no significa que las organizaciones formales deban seguir teniendo un papel dominante en el movimiento. Como se dijo, uno de los costos de la profesionalización de la defensa de derechos humanos es el aumento de la desconexión entre organizaciones formales y la diversidad de otros actores que utilizan el lenguaje y los valores de

derechos humanos, o lo que algunos analistas más críticos han llamado "la ONG-ización de la resistencia" (Roy, 2017). Entre esa cantidad de actores están los grupos de base, los activistas en línea, las organizaciones religiosas, los centros de pensamiento, los colectivos de artistas, las asociaciones científicas, los cineastas y muchos otros individuos y grupos alrededor del mundo. A menudo, sus tácticas y lógica operativa difieren bastante de las de las ONG formales. Como muestran Bennett y Segerberg (2012), mientras que las ONG tienden a operar dentro de los márgenes de unas formas bien establecidas de acción colectiva, otros actores, especialmente los de generaciones más jóvenes, utilizan formas, individualizadas y facilitadas por internet, de "acción conectiva". Uno de los desafíos para las organizaciones formales especializadas, por tanto, es el de encontrar formas de conectarse y colaborar con estos y otros actores en el campo de derechos humanos en aras de contrarrestar los gobiernos y movimientos populistas.

El objetivo y la audiencia de este volumen divergen parcialmente de la mayoría de contribuciones a la literatura sobre amenazas contemporáneas a la sociedad civil. Aunque nos basamos en un análisis sistemático de esa literatura, no buscamos hacer un recuento completo de las causas de ese fenómeno. Más aun, a diferencia de otras contribuciones a este tipo de lectura estratégica del paisaje, que tienden a enfocarse en las acciones y respuestas de donantes y gobiernos occidentales (Carothers y Brechenmacher 2014), nos centramos en las acciones de organizaciones de derechos humanos locales e internacionales, para cultivar el aprendizaje mutuo entre ellas.

Idealmente, los analistas y profesionales de derechos humanos habrían lidiado con las debilidades en el campo mencionadas anteriormente y desarrollado un nuevo manual de estrategias en tiempos de relativa normalidad. Ahora esto se debe hacer en un momento extraordinario. La revitalización del movimiento es un camino intermedio entre el escepticismo y la defensiva. Este volumen colectivo toma dos pasos hacia ese camino. Primero, busca clarificar los desafíos específicos para los derechos humanos producto de los regímenes y movimientos populistas contemporáneos. ¿Qué tienen en común las medidas populistas contra actores de derechos humanos en diferentes países y regiones? En otras palabras, ¿cuál es el manual de estrategias populista contra los derechos humanos? ¿Qué tiene de nuevo y qué sigue igual? ¿Cuáles son las debilidades de la arquitectura de los derechos humanos que tienden a explotar dichas medidas?

Segundo, este volumen contribuye a la documentación y el aprendizaje de la cantidad de iniciativas que los actores de derechos humanos han estado desarrollando en aras de contrarrestar las medidas populistas severas. Después de todo,

los momentos de agitación son también momentos de creatividad. ¿Qué innovaciones están introduciendo los actores de derechos humanos en sus estrategias y narrativas para contrarrestar las de los regímenes populistas? ¿Pueden transportarse esas respuestas de un país a otro, justo como las mismas legislaciones y políticas contra los derechos humanos han proliferado en distintas regiones del mundo? ¿Qué lecciones ofrecen esas innovaciones para revitalizar el campo más general de los derechos humanos? En suma, ¿cómo se vería un manual de estrategias de derechos humanos contra el populismo?

Idealmente, los analistas y profesionales de derechos humanos habrían lidiado con las debilidades en el campo mencionadas anteriormente y desarrollado un nuevo manual de estrategias en tiempos de relativa normalidad. Ahora esto se debe hacer en un momento extraordinario

A fin de preparar el terreno analítico y empírico para los estudios de caso y comentarios de los siguientes capítulos, en esta introducción profundizamos en esos dos objetivos y preguntas. Primero, hacemos explícitos los criterios de los países estudiados en el volumen para caracterizar los regímenes populistas contemporáneos y sus distintos desafíos para los derechos humanos. Segundo, ofrecemos una tipología de medidas contra las organizaciones de derechos humanos que dichos regímenes han desarrollado en distintas partes del mundo. Finalmente, discutimos el rango de respuestas e innovaciones que documentan los capítulos subsiguientes, y las lecciones analíticas y las estrategias más amplias que se pueden extraer de ellas.

Al analizar las medidas populistas severas y sus respuestas planteamos tres argumentos. Primero, decimos que aunque muchas de las medidas contra los derechos humanos (por ejemplo las campañas de desprestigio y las detenciones arbitrarias a activistas) no son nuevas, la era populista crea nuevos desafíos. El hecho de que vengan nuevos ataques de gobiernos electos, en lugar de provenir de las dictaduras del pasado, crea una tensión entre derechos y democracia, entre los componentes liberales y democráticos de la democracia liberal, que aumenta lo que está en juego y la dificultad del activismo de derechos humanos. Como veremos, esa tensión es una característica definitoria de la era populista y facilita la proliferación de reformas constitucionales y legislativas que, al invocar la voluntad popular, imponen nuevas y amplias restricciones a la sociedad civil y a otros contrapesos al poder.

Segundo, afirmamos que los líderes populistas han aprendido a explotar las debilidades de la arquitectura y del repertorio estratégico de los derechos humanos. Precisamente porque el movimiento de derechos humanos ha tenido im-

pacto, sus oponentes han aprendido a responder y a tomar nota uno del otro, como lo confirman las similitudes en sus tácticas. Se hicieron contribuciones pioneras al estudio del impacto de los derechos humanos en las décadas de los noventa y 2000, cuando la diseminación de los estándares de derechos humanos alrededor del mundo sugirió que su compromiso y cumplimiento estaba "en aumento" (Risse, Ropp y Sikkink 1999; 2013). A la luz del contraataque populista, debemos analizar y entender mejor el contragolpe. Con algunas excepciones notables (Sikkink, 2013), los académicos de derechos humanos no han estudiado el contenido de la regresión del compromiso y cumplimiento, una especie de "espiral en reversa" que se está llevando a cabo en regímenes populistas. Aunque seguimos siendo agnósticos sobre la pregunta de si esta regresión es una tendencia global del "cierre de espacios de la sociedad civil" (y por tanto no usamos ese término en este capítulo), creemos que el contragolpe populista amerita una atención seria de parte de académicos y activistas de derechos humanos.

Tercero, afirmamos que los actores de derechos humanos, por su parte, deben aprender de, y responder al, contragolpe populista. Dado que los populistas desafían tanto la legitimidad como la eficacia de las organizaciones, creemos que las respuestas futuras y continuas al populismo necesitan lidiar con las debilidades y las reformas pospuestas del campo de derechos humanos en ambos frentes.

EL DESAFÍO POPULISTA

Durante las últimas cinco décadas, las organizaciones de derechos humanos han desarrollado un conjunto estándar de herramientas de defensa que ha reposado fuertemente en la puesta en evidencia de los gobiernos para que cumplan las normas al respecto. Sin embargo, la eficacia de las estrategias tradicionales está disminuyendo, pues ha tenido como base condiciones políticas domésticas e internacionales que han cambiado rápidamente. Como se dijo, la multipolaridad cada vez mayor y el aumento de los gobiernos y movimientos populistas en Estados Unidos y Europa significan que los principales puntos de apalancamiento de las estrategias de puesta en evidencia ya no son tan influyentes o son directamente hostiles a los derechos humanos (Rodríguez Garavito, 2016).

Más aun, aunque las principales amenazas a la democracia liberal y a los derechos humanos alrededor del mundo solían venir de regímenes autoritarios, hoy en día tienden a surgir de regímenes híbridos que se extienden por el binario democracia-autocracia. Las democracias liberales del siglo XX solían tener una muerte súbita

de la mano de líderes autocráticos por medio de un golpe. Ahora, las democracias liberales del siglo XXI tienden a tener una muerte lenta, de la mano de líderes electos que de forma pausada pero segura hacen mella en los pilares del liberalismo, desde las libertades civiles y los medios de comunicación independientes, hasta los controles judiciales o legislativos sobre el ejecutivo, y a menudo prosiguen a derrumbar los pilares de la democracia misma, como las elecciones libres, justas y abiertas (Levitszky y Ziblatt, 2018). En medio de las democracias liberales y los regímenes autoritarios completos, estos híbridos han sido llamados "democracias sin derechos" (Mounk, 2018), "democracias iliberales" (Zakaria, 1997), "regímenes semiautoritarios" (Carothers y Brechenmacher, 2014), "autoritarismos competitivos" (Levitsky y Way, 2010), "democracias parcialmente libres" (Abramowitz, 2018) o simplemente "regímenes populistas" (Krastev, 2007; Müler, 2016).

Aunque las principales amenazas a la democracia liberal y a los derechos humanos alrededor del mundo solían venir de regímenes autoritarios, hoy en día tienden a surgir de regímenes híbridos que se extienden por el binario democracia-autocracia

Aunque los autores de este volumen y la literatura más general no están de acuerdo en un mismo término, preferimos utilizar el marco populista en este capítulo y en el título del libro por dos razones. Primero, el término ha ganado un gran protagonismo en los debates públicos y los medios en distintas partes del mundo. Esto lo hace muy apropiado para nuestros propósitos prácticos, es decir, para ofrecer herramientas y estrategias para los actores de derechos humanos que enfrentan este tipo de regímenes y discursos. Sin embargo, la popularidad del término le ha costado certeza analítica, pues se ha aplicado a figuras políticas tan distintas como Donald Trump, Rafael Correa, Vladimir Putin, Nicolás Maduro, Marine Le Pen, Luiz Inácio Lula da Silva, Beppe Grillo y Daniel Ortega.

Como escribe Hannah Arendt (1958), el análisis político consiste, sobre todo, en la habilidad de crear distinciones acertadas. Esta ha sido la contribución de varios trabajos recientes que han caracterizado de forma convincente al populismo contemporáneo y sus desafíos específicos a los derechos humanos. La claridad analítica es por tanto la segunda razón de por qué adoptamos este marco.

Müller (2016) ha argumentado también de manera convincente que lo que comparten los populistas contemporáneos no es una ideología política o económica. Vienen tanto de la derecha (Modi, Erdoğan, Putin, Trump) como de la izquierda (Maduro, Correa, Ortega). Lo que los distingue es una combinación de dos rasgos:

antielitismo y antipluralismo. Todos los populistas son antielitistas, pero no todos los antielitistas son populistas. En otras palabras, es necesaria una reacción contra las élites pero no es una condición suficiente para el populismo. Los populistas van más allá. Hacen un reclamo moral tan radical como excluyente: que el opuesto de la élite es "el pueblo real", al cual ellos, y solo ellos, representan. Aquí reposa el antipluralismo intrínseco de los populistas: en su visión de mundo, solo una parte de la población cuenta como el pueblo real, puro, mientras que los otros son sus enemigos.

Veamos brevemente cada uno de estos rasgos y cómo entran en tensión con los valores y actores de derechos humanos.

Antielitismo

Como dice Krastev (2007, p. 2), en el corazón del populismo

> …está la visión de que la sociedad cae en dos grupos homogéneos y antagonistas: "el pueblo como tal" y "la élite corrupta". Luego argumenta que la política es la expresión de la voluntad general del pueblo y que el cambio social es posible solo a través del cambio radical de la élite.

"La élite", como una categoría en el discurso populista, es un híbrido de realidad empírica y construcción simbólica. Los populistas resaltan el hecho de la creciente desigualdad socioeconómica, así como la realidad política del aumento de la distancia entre ciudadanos, por un lado, y los círculos de poder en la toma de decisiones, por el otro. Al confrontar la excesiva influencia de las élites tecnocráticas y con dinero de las democracias liberales contemporáneas, muchos sectores de la población, con desafecto, han terminado por votar por líderes populistas, y así han desatado el poder de la democracia contra el liberalismo (Mounk, 2018).

La élite, sin embargo, no es una categoría clara empíricamente. El éxito populista depende de su habilidad para aumentar simbólicamente el significado de "élite" para incluir otros grupos contra los cuales "el pueblo real" debe movilizarse y votar. Por tanto, quién constituye exactamente a la élite y al pueblo es algo que puede variar; depende del contexto sociopolítico y del juego de poder entre grupos y facciones relevantes. Por ejemplo, en la Inglaterra del Brexit, la élite eran los burócratas de la Unión Europea o los

Quién constituye exactamente a la élite y al pueblo es algo que puede variar; depende del contexto sociopolítico y del juego de poder entre grupos y facciones relevantes

financistas londinenses que, según los populistas de Brexit, vendieron la idea de la membresía del Reino Unido en la UE para enriquecerse. El éxito de la clase profesional cosmopolita, los "ciudadanos de ningún lugar" como los llamó burlonamente la primera ministra Theresa May, se dibujó como perjudicial para "el pueblo", específicamente la izquierda británica de cuello azul rezagada por la financialización de la economía del Reino Unido en su integración con el resto de Europa. A menudo, los populistas juntan a los ricos y poderosos, por un lado, con grupos desaventajados, por el otro, en una amalgama tan implausible empíricamente como poderosa simbólica y políticamente. Los inmigrantes en Estados Unidos y Europa, los rom en Hungría o los musulmanes en India han sido etiquetados como "privilegiados" a pesar de su estatus social subordinado. Según los líderes populistas, estos grupos han trabajado contra los intereses del "pueblo real", los estadounidenses blancos reales, los húngaros cristianos reales, los indios hindúes reales, al tomar beneficios económicos, oportunidades u otras prebendas que les pertenecen a esos últimos.

Por tanto, aunque los grupos políticos y profesionales dominantes y ricos usualmente son el blanco del antielitismo, la configuración precisa de las élites en el discurso populista varía de país a país (Moffitt, 2016). En Turquía, la élite serían los profesionales liberales que "les permiten" a los kurdos ser un grupo minoritario, y ambos grupos se oponen a los intereses del "pueblo turco". En el Ecuador de Rafael Correa, los medios privados, junto a las ONG y los movimientos sociales supuestamente controlados por Occidente, fueron retratados como la élite (New Left Review, 2012). En Holanda, Geert Wilders estableció su Partido por la Libertad en 2016 con una declaración de independencia de "la élite en La Haya", a la cual añadió a los musulmanes e inmigrantes como "el Otro" del pueblo holandés (Darroch, 2017).

El marco antielitista tiene un impacto directo en los actores de derechos humanos, como veremos en la siguiente sección y en los capítulos de Edwin Rekosh y de James Ron, José Kaire, Archana Pandya y Andrea Martínez. Los líderes populistas han explotado hábilmente la profesionalización de las ONG y su dependencia de la financiación extranjera para retratar a los defensores de derechos humanos como parte de la élite. La afirmación frecuente de que las organizaciones con financiación extranjera trabajan contra los intereses del pueblo y de la soberanía nacional del país encaja perfectamente con esta narrativa. Por ejemplo, en India, el gobierno de Modi acusa de forma rutinaria a los activistas ambientales y de derechos humanos de trabajar contra el interés nacional del desarrollo, lo cual tiene connotaciones de traición (Mohan, 2017; Patkar, 2014). También ha dado una razón para crear medidas legislativas y administrativas que restrinjan fuertemente la operación y financiación de ONG de derechos humanos, hasta el punto de hacer que sea casi imposible que las

fundaciones filantrópicas internacionales continúen brindando financiación directa a esas organizaciones.

Aunque Egipto encaja en la categoría de regímenes autoritarios (más que en una democracia populista iliberal), la estigmatización de su Gobierno a activistas como élites influenciadas por el exterior es muy similar a las acciones de gobiernos populistas de India o Venezuela. En Egipto, una campaña gubernamental activa en 2011 señaló a las ONG como "agentes extranjeros" que tenían agendas ocultas, el mismo término que se utiliza en Rusia. Las teorías de la conspiración describían cómo los activistas recibían entrenamiento militar, tenían vínculos con el Gobierno estadounidense y su Agencia Central de Inteligencia (CIA), o tenían armas en sus oficinas (Abuza, Mansour y Snegovaya 2015). El cubrimiento en televisión también apalancó el ambiente xenofóbico promovido por el Estado para afirmar que las ONG son espías foráneos que conspiran con actores como el Estado Islámico, Irán, Israel y la CIA (Project on Middle East Democracy, 2018).

Más allá del impacto específico sobre los derechos humanos, el antielitismo populista crea un desafío a la democracia liberal general. Aunque oportunistas y egoístas, los populistas explotan una clara debilidad de las democracias liberales contemporáneas en las cuales las élites económicas, políticas y profesionales tienen un poder de toma de decisión desproporcionado, en detrimento de sectores amplios (e incluso mayoritarios) de la población. Así, el peligro real del populismo es la separación de la democracia y el liberalismo. Como lo dice Krastev,

> …en la era del populismo, el frente no reposa entre izquierda y derecha, ni entre reformistas y conservadores. Es más bien el hecho de que asistimos a un conflicto estructural entre élites que se está volviendo cada vez más sospechoso de la democracia, y los públicos enojados que se están volviendo cada vez más antiliberales (2007, p. 4).

Los populistas profundizan y anclan ese conflicto al hacer una afirmación moral excluyente de la corrupción de la élite y la pureza del "pueblo real". Este es el elemento antipluralista al cual nos volcamos ahora.

Antipluralismo

"Chávez es el pueblo" solía ser el eslogan de campaña en Venezuela, una frase de una parsimonia notable que capturaba la identidad entre un líder y un pueblo supuestamente uniforme y unificado. Después de que muriera Chávez, el eslogan se

reemplazó con uno igual de conciso: "Seamos como Chávez". En la lógica populista, la política es un juego de todo o nada, un conflicto entre patriotas y "enemigos de la patria", como rutinariamente llama Nicolás Maduro a sus críticos.

La naturaleza categórica y moral de esta afirmación se distingue de otros llamados de inclusión social, entre ellos los que hacen los activistas de derechos humanos contra la desigualdad y la discriminación. Lo segundo es un esfuerzo para incluir en la política y los procesos de toma de decisión a sectores de la población que tradicionalmente han sido excluidos o discriminados, desde las mujeres de clase baja hasta las minorías sexuales o raciales. Los populistas, por su parte, afirman que "el pueblo" es el único pueblo (Müller, 2016, p. 27). Como se puede ver, esta afirmación conlleva la conclusión de que solo "el pueblo real" merece el reconocimiento completo como sujeto de derechos. Esto choca directamente con los estándares de derechos humanos y las aspiraciones que reafirman la dignidad intrínseca de todas las personas como sujetos de derechos.

Como con cualquier otro régimen, los populistas evolucionan en el tiempo. De hecho, algunos movimientos y gobiernos pueden empezar como antielitistas pero no antipluralistas, y solo se vuelven populistas más adelante

Como con cualquier otro régimen, los populistas evolucionan en el tiempo. De hecho, algunos movimientos y gobiernos pueden empezar como antielitistas pero no antipluralistas, y solo se vuelven populistas más adelante. Como lo explica Rafael Uzcátegui en su capítulo, este fue el caso del chavismo en Venezuela, cuyo antielitismo inicialmente estaba relacionado con una agenda económica progresista que favorecía la inclusión de grupos sociales dejados por fuera de la política venezolana tradicional. Con el tiempo, sin embargo, no solo el chavismo se convirtió en un movimiento antipluralista sino que también se volvería una fuerza autoritaria. Desde 2016, con la postergación de las elecciones regionales y la manipulación del sistema electoral, la administración de Maduro renegó de los fundamentos de la gobernanza democrática, como las elecciones libres, justas y abiertas.

El corolario político del antipluralismo es que el líder populista por sí solo es el representante legítimo del pueblo (Moffitt, 2016). Al debilitar la independencia de las organizaciones designadas para balancear sus poderes en las democracias liberales, como el poder judicial, las comisiones electorales, los medios de comunicación o las ONG, este líder busca establecer un régimen de dominio directo sobre el sistema de gobierno. Como lo señala Bilge Yesil en su capítulo, esto se ilustra con la persecución de Recep Tayyip Erdoğan hacia los medios de comunicación y la sociedad civil